

Este respeto á la ciencia humana y al ejercicio de la razón, es una de las mayores glorias del misticismo castellano, que no temió declarar, por boca del más extático de sus intérpretes, que « más vale un pensamiento del hombre que todo un mundo. » Y es otra de sus glorias no haber negado jamás, con ese apocado y sombrío ascetismo que algunos sueñan, la belleza que Dios derramó en las criaturas, puesto que en la vida presente las considera como espejos « en que en alguna manera se ve la hermosura de Dios, » y en la vida futura y en el gozo beatífico, « Dios mismo será espejo en que se vea la belleza de las criaturas. »

Desde los tiempos del abrasado serafín de Asís, y del beato Jacopone y de Ramón Lull, parece que los franciscanos han tenido vinculada la filosofía de amor, de que es gran maestro San Buenaventura, como de la racional lo es Santo Tomás. Los libros más clásicos y bellos acerca del amor de Dios, durante el siglo XVI, son debidos á plumas de frailes menores, y entre todos ellos daría yo la palma, de buen grado, al extremeño Fr. Juan de los Angeles, uno de los más suaves y regalados prosistas castellanos, cuya

capítulos I, IV, IX, XI, XIV, XV y XVI del Libro I de la *Guía de Pecadores*, del cap. II de la primera parte del *Simbolo de la fe*, de los capítulos II y XXXII de la segunda parte del Tratado 7.º (*Del Amor de Dios*) en el *Memorial de la vida cristiana*, y sobre todo del cap. I de la segunda parte, y finalmente del cap. XIV de las *Adiciones al Memorial*. Cito siempre por la edición de Sancha.

oración es río de leche y de miel. Confieso que es uno de mis autores predilectos: no es posible leerle sin amarle y sin dejarse arrastrar por su maravillosa dulzura, tan angélica como su nombre. Después de los *Nombres de Cristo*, que yo pongo, en la relación de arte y en la relación filosófica, sobre toda nuestra literatura piadosa, no hay libro de devoción que yo lea con más gusto que los *Triumphos del amor de Dios* y los *Diálogos de la conquista del espiritual y secreto reino de Dios*¹, libros donde la erudición profana se casa fácil y amorosamente con la sagrada; libros donde asombra la verdad y la profundidad

¹ *Triumphos* | del Amor de Dios, obra pro | vecchissima para toda suerte de personas, | particularmente para las que por medio | de la contemplación dessean | unirse á Dios. | Compuesto por el Padre Fray Juan de los Angeles, | Predicador de la Provincia de Sant Joseph | de los descalços. | Dirigido á Andrés de Alva, Secretario del Rey nuestro Señor | y del su Consejo de Guerra. | Con Privilegio. | En Medina del Campo, por Francisco | del Canto. M. D. XC.

4.º 303 hs. dobles, sin contar los preliminares y la Tabla. *Diálogos* | de la conquista | del espiritual y secreto reyno de Dios. | según el | Santo Evangelio está dentro de nosotros mismos. En | ellos se trata de la vida interior y divina, que vive | el alma unida á su Criador por gracia | y amor transformante. | Compuestos por Fray Juan | de los Angeles, Predicador descalço de la Provincia de S. Joseph | de los Menores de Observancia Regular. | Dirigidos al Serenissimo Principe Cardenal Alberto | Archiduque de Austria, Arzobispo de Toledo, | Primado de las Españas, &c. | Con Privilegio. | En Madrid, por la biuda de P. Madrigal. | Año 1595.

4.º 415 hs. dobles, sin contar los preliminares y la Tabla, que no están foliados.

Poseo ejemplares de estos dos peregrinos libros. El segundo no está mencionado por Gallardo, que elogia el primero.

en el análisis de los afectos; libros que deleitan y regalan por igual al contemplativo, al moralista y al simple literato. Moralista y psicólogo es, sobre todo, Fr. Juan de los Ángeles: ya lo reconoció Rousselot. Y es que para Fr. Juan de los Ángeles la *disciplina amatoria*, que decía el discípulo de Sócrates, abarca toda la moral y toda la psicología: «quien tiene sciencia del amor, la tiene de todo el bien y mal del hombre, de todos los vicios y virtudes, de su felicidad y perdición, y quien esto ignora, dese por ignorante de todo género de bien ó mal que toque al hombre.» Pero no tratará Fr. Juan de los Ángeles del amor á secas, sino en cuanto es unitivo y frutivo, y en cuanto sirve para enlazarnos y ayuntarnos con Dios estrechísimamente. Es, pues, el libro de los *Triumphos* «un duelo y una lucha de amor, mediante el cual, lucha Dios con el alma, y el alma con Dios, y alternativamente se hieren el uno al otro en esta lucha, y se captivan, enferman y hazen desfallecer y morir.» Pero no esperemos sólo embriagueces de epitalmio sagrado: Fr. Juan de los Ángeles procede metódica y rigurosamente, y de aquí nace el encanto de claridad y de lucidez que hace tan simpáticos sus escritos. Comienza, pues, por un análisis sutil de las facultades del alma, del cual deduce que hay dos diferentes escuelas para ella, una de devoción y afecto, otra de conocimiento é inteligencia, «porque la perfección nuestra es doblada y consiste en la virtud y en la sciencia.» Cuando en la explicación de la idea del amor

llega á tratar Fr. Juan de los Ángeles de la principal virtud y fuerza que el amor tiene, la cual es mudar y convertir el amante en la cosa amada, no hace más (son sus palabras) sino «seguir la doctrina del divino contemplativo Dionysio, y de Platón en su *Convite de amor*, porque entre todos los que de esta materia hablaron, con justo título llevan la palma.» Á estas autoridades todavía puede añadirse la de San Buenaventura, y más aún la de Sabunde, á quien Fr. Juan de los Ángeles copia largamente sin citarle¹. El análisis del amor propio es una obra maestra de disección espiritual.

Fr. Juan de los Ángeles es uno de los místicos españoles más directamente influidos por los alemanes. Ruysbroeck sobre todo, que debía ser (aún más que Tauler) uno de sus autores favoritos, á juzgar por las muchas veces que le trae á cuento, puede reclamar larga parte en el pensamiento de los admirables *Diálogos de la conquista del espiritual y secreto reino de Dios, que está en el centro del alma*, ó en el ápice de la mente, donde nuestro espíritu (como dice Fray Juan de los Ángeles con tecnicismo que ahora tacharía alguien de germánico) *se hace íntimo con el Summo*. «Este centro del alma es la simplicísima esencia della, sellada con la imagen de Dios... sin imágenes de cosas criadas... Este íntimo, desnudo, raso y sin figuras, está elevado sobre todas las cosas criadas y sobre todos los sentidos y fuer-

¹ Especialmente en los capítulos iv y v de los *Triumphos*.

zas del ánimo, y excede al tiempo y al lugar, y aquí permanece el alma en una perpetua unión y allegamiento á Dios, principio suyo. Aquí mana una fuente de agua viva, que da saltos por la vida eterna.... y da y comunica al cuerpo y al ánimo una maravillosa pureza y fecundidad.»

Si el ingenio oratorio y expansivo de Fr. Luís de Granada busca á Dios en el espectáculo de la naturaleza, y se dilata en magníficas descripciones de la armonía que reina entre las cosas creadas, el ingenio psicológico de Fr. Juan de los Ángeles le busca en la silenciosa contemplación del íntimo retraimiento de la mente, á la cual ninguna cosa creada puede henchir ni dar hurtura. «Al fin, es admirable cópula la que se hace de lo alto de Dios y de la nada del hombre.»

Sunt fata libellis. Ya en su tiempo temía Fray Juan de los Ángeles que tan altas especulaciones, «tan íntimas y á solas,» no fuesen acomodadas para rústicos oídos, ni aun para los *bachilleres del mundo*, que mal podían paladear aquellas que él llama *uniformes entradas ó introversiones, por olvido de todas las cosas, á los abrazos y unión del esposo*, ni entendían tales metafísicas más que si estuviesen en lengua hebrea. Es para mí cosa probada, y aun evidente, que la mística propiamente dicha, la ciencia secretísima y misteriosa de los Ruysbrochios, Tauleros y Juanes de la Cruz, fué mucho menos popular en la España del siglo xvi que lo que generalmente imaginamos, y que casi siempre el sentido práctico de la raza se detuvo en la *ascesis*, ó ejercicio más ó menos

heroico de las virtudes cristianas, y en los libros de dirección espiritual, que con calor de afectos incitan y mueven á este ejercicio, y al mismo tiempo le regulan, mostrando los escollos en que pueden naufragar el nimio celo y la imaginación desarreglada. En una palabra: dominaba la acción sobre la especulación, la práctica sobre la teoría, por más que esta teoría presuponga la práctica, como piedra sobre la cual ha de labrarse (purificados los afectos, borradas las imágenes, silenciosas y quietas las potencias) la estatua ideal del varón místico, del hombre interior y del verdadero *gnóstico* cristiano, no desemejante de aquel que nos describía Clemente Alejandrino.

La predilección concedida á los libros ascéticos sobre los místicos ha hecho que otro hijo ilustre de la seráfica Orden, Fr. Diego de Estella, sea mucho más conocido por las secas moralidades del *Tratado de la vanidad del mundo*, obra árida y prolija, más de edificación que de literatura, erizada de textos y de lugares comunes, que la hacen útil en extremo para los predicadores, que no por sus *Cien meditaciones del amor de Dios*¹, que son un braserillo de encendidos afectos, cuyo poder y eficacia para la oración, reco-

¹ *Meditaciones devotísimas del Amor de Dios, hechas por el P. Fr. Diego de Estella, de la Orden de nuestro Padre San Francisco. Madrid, 1781. Dos ts., 8.º Por D. Joaquín Ibarra.*

El *Tratado de la Vanidad del Mundo*, el de la *Paciencia cristiana* del P. Zárate, y otros semejantes del tiempo de Felipe II, sólidos y austeros, sin rasgos de mal gusto, pero también sin amenidad y sin jugo, me recuerdan la maciza, triste y seca regularidad del Escorial.

noce y pondera San Francisco de Sales, que le imitó mucho en su tratado sobre la misma materia. Entre estas *Meditaciones* hay una que tiene que ver con nuestro asunto, la 5.^a, titulada así: «Que Dios ha de ser amado por ser sumamente hermoso.» Véase algún trozo, que, á pesar de su elocuencia, quizá parezca pálido después de los grandiosos arranques del Maestro Granada :

«¡Oh fuente de toda hermosura, de la cual todas las otras hermosuras proceden! ¿Por qué no soy todo llevado de la grande perfección de tan extremada y soberana lindeza? La hermosura de las criaturas pequeña es, transitoria, momentánea y perecedera. Hoy es fresca como la flor del campo, y mañana está marchita. La hermosura de la criatura falta y dexa de ser al mejor tiempo, pero la hermosura del Criador, para siempre persevera y está con él. Toda hermosura, comparada con la hermosura del Señor, es fealdad muy grande.... Más ventaja hace la hermosura del Criador á la de la criatura, que el cuerpo á la sombra. Pues tanto te convida la sombra á que la ames, ¿por qué no te cautiva la luz á que la quieras? Si tanta admiración te causan las labores que no pudieron ser recibidas con la perfección que tenían en el dechado, por la torpeza del sujeto donde fueron labradas, ¿cómo no quedas fuera de ti, contemplando la hermosura y perfección que tenían en el dechado de donde se sacaron?... ¡Oh hermosura tan antigua y tan nueva, cuán tarde te conocí, y cuán tarde te amé! ¿Por ventura eres tú, Señor, aquel de quien

dice el Salmista que eres hermoso entre los hijos de los hombres?... Y si en este destierro no veo la hermosura de tu Divina Majestad, así como eres hermoso en el cielo por los efectos, vengo en conocimiento de la causa, y por la hermosura de los cielos, planetas, árboles, flores, y variedad de muy vivos colores de las cosas que tus divinas manos fabricaron, conozco, mi Dios y Señor, ser abismo infinito de hermosura la hermosura de donde estas hermosuras tienen su origen.»

Aunque el P. Estella no era muy filósofo, se habrán reconocido fácilmente en su doctrina todos los rasgos capitales de la de San Agustín, y algunos ímpetus oratorios traducidos á la letra: «*Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova.*»

Quizá al pasar á los agustinos, convendría citar, ante todos, por la santidad y por razón cronológica, á Santo Tomás de Villanueva; pero su bellissimo *Sermón del amor de Dios*¹, uno de los pocos suyos que tenemos en lengua castellana, y una también de las raras muestras de la elocuencia sagrada del siglo xvi (en su forma *directa*), no pertenece á la estética y sí á la filosofía de la voluntad. No dirélo mismo del tratado *De la suavidad de Dios*, que eompuso el Beato Alonso de Orozco, porque todo él está esmaltado de sentencias platónicas: al cabo hijo de San Agustín: «Platón, en aquel *Convite* que escribió, me ad-

¹ Le ha publicado, conforme al original autógrafo, la erudita *Revista Agustiniana* de Valladolid.

mira en sola lumbre natural, las grandezas que dice de la hermosura de Dios. Una cosa, para ser perfectamente hermosa, no le ha de faltar cosa alguna; toda ha de ser acabada, que no parezca por una parte hermosa y por otra fea; también ha de ser por sí hermosa, y que no tenga de otra cosa alguna mendigada su hermosura; finalmente, no ha de ser temporal que se acabe, sino perpetua, y tal dice este divino filósofo que es Dios¹.

¿Á qué rebelarnos ingratos contra las enseñanzas de la forastera de Mantinea, si en el siglo XVI no había alma piadosa de la cual no fuesen admiración y regalo? Buen testimonio nos da de ello el florido y lozano autor de la *Conversión de la Magdalena*, libro el más brillante, compuesto y arreado, el más alegre y pintoresco de nuestra literatura devota; libro que es todo colores vivos y pompas orientales, halago perdurable para los ojos. En la parte cuarta, al tratar del estado tercero del alma de la Magdalena, en gracia, después del pecado, intercala una larga

¹ Libro de la Suavidad de Dios, compuesto por el R. P. Fray Alonso de Orozco, de la Orden de San Agustín, Predicador de su Católica Magestad. Dirigido á la Serenísima y Cristianísima Reyna de España Doña Ana, nuestra Señora. | En Salamanca, á costa de Simón de Portonariis, 1576. 8.º, 230 fols., sin contar los preliminares. En otros de los infinitos tratados del Beato Orozco, especialmente en el *Memorial de amor santo*, y en el *Desposorio Espiritual*, hay alguna idea útil para nuestro estudio; pero en nada se aparta el insigne agustino de las opiniones recibidas. Ya volveremos á hablar de él como preceptista literario, en lo cual muestra mayor originalidad.

digresión filosófica sobre el amor, tomando el asunto muy desde su raíz y principio: «Yo seguiré en lo que dijere á los que mejor hablaron desta materia, que son Hermes Trismegisto, Orfeo, Platón y Plotino, y al gran Dionisio Areopagita, y á algunos de los antiquísimos filósofos, mezclando lo que en la Sagrada Escritura hallare que pueda levantar la materia.» Á lectores modernos no es preciso advertirles que, bajo el nombre de Orfeo y de Hermes, lo que entiende Malón de Chaide son las fabricaciones alejandrinas que llevan estos nombres míticos. Lo demás está tomado del *Fedro*, del *Simposio*, de las *Enéadas* y del falso Dionisio. Abreviaremos el extracto para evitar fatigosas repeticiones:

«Tres cosas son las que hacen una cosa digna de ser estimada en mucho.... Estas son la nobleza y antigüedad, la grandeza y el provecho que trae consigo. De suerte que si del amor probásemos nosotros estas tres cosas, habremos salido con harta parte de nuestro designio. Hesiodo, Mercurio, Orfeo y Acusilao llaman al amor antiquísimo, perfecto por sí mismo, prudentísimo, y de gran consejo.»

«Dios, al principio, crió una sustancia ó esencia, la cual, en el primer momento de la creación, era informe y oscura.... Ésta, por haber nacido de Dios, se convierte á él con un apetito nacido con ella misma. Vuelta á Dios, es ilustrada con su rayo y resplandor divino. Alumbrada así, se enciende con la refulgencia y reverberación de aquel rayo. Encendido el apetito, se ayunta todo

á Dios, y ayuntado, se *informa*. Porque Dios, que todo lo puede, parece que pinta en sí las ideas ó ejemplares de todas las cosas, y allá, por un modo espiritual, están entalladas las perfecciones que vemos en las cosas corporales, y estas especies de todas las cosas concebidas en la suprema mente, llama Platón *ideas*.»

Pero Malón de Chaide, admitiendo las ideas, rechaza los *sueños* de aquellos primeros platónicos, que las imaginaban distintas y separadas, ó contenidas en el alma del mundo, y, por el contrario, se declara neo-platónico y secuaz de Plotino, que *dijo divinamente* que las ideas están en el mismo Dios, *y de él lo tomó mi Padre San Agustín, y de San Agustín los teólogos*. «Son las ideas (dice Plotino, comentado por Malón de Chaide), las fuerzas infinitas é inefables de la sabiduría divina, inmensas fuentes fecundísimas, formas primeras que concurren en una divinidad, esto es, que son una cosa con Dios, porque aunque se llaman por diversos nombres, y en el nombrarlas nos parezcan muchas, pero en hecho de verdad no lo son, porque Dios es simplicísimo, y son el mismo Dios. Y así las llamamos muchas y una...»

De todas maneras, el amor es antiquísimo: «En aquel *caos* que dice la Sagrada Escritura, anduvo el amor como gran artífice, formando y hermoseando lo que allí estaba sin talle ni hermosura... Grande es el Dios de amor, dice Platón, y maravilloso á los hombres y á los dioses. Llamaban los antiguos, dioses á los que nosotros ángeles....

»Así como los ángeles se enamoran de la belleza espiritual y la aman, así también los hombres aman y se admiran de la corporal, y por ella suben gateando á rastrear la espiritual no criada.

»Dicen los filósofos morales que el amor es deseo de *hermosura*. *Hermosura* llamamos una gracia que consiste y nace de la consonancia y armonía de muchas cosas juntas. Esta es en tres maneras, porque por la consonancia y proporción de las virtudes nace una cierta gracia en el alma.... Nace también otra gracia de la consonancia de los colores y líneas del cuerpo. La tercera es en el sonido por la proporción de diversas voces, y pues esta gracia llamamos *hermosura*, síguese que hay tres, que son: *de los ánimos, de los cuerpos y de las voces*. La de los ánimos se goza y conoce con el entendimiento, la de los cuerpos con los ojos, la de las voces con el oído. Pues si el entendimiento, la vista y el oído sólo son con los que podemos gozar de la hermosa, y el amor es un deseo de gozalla, síguese que el amor solamente se contenta con el entendimiento y con los ojos y con el oído.... Ni los olores ni los sabores, ni las cosas frías ó calientes, duras ó blandas, son hermosa, porque son formas simples: la hermosa requiere *diversidad y concordia ó consonancia* en ella....

»Es menester agora que veamos cómo de la divina hermosa nace el amor que nos lleva á Dios.... En aquel círculo divino de Hierotheo y de San Dionisio se muestra cómo el amor, en cuanto comienza y nace de Dios, se llama *her-*

mosura: en cuanto llegando al alma, la arrebató, se llama *amor*, y en cuanto la une con su Hacedor, se llama *deleite*. Dionisio, y antes que él Platón, compara al sol con Dios, y dice que se parece mucho; y es porque así como el sol alumbró los cuerpos y los calienta, así Dios, con su rayo divino, da á los ánimos el resplandor y luz de la verdad, y el ardor y calor de la caridad, y así como el sol todo lo vivifica, todo lo actúa y le da ser, todo lo ilustra, da luz á los ojos para que vean, colores á los cuerpos para que sean vistos, claridad al aire que es el medio, para que se forme el acto de ver: así Dios es acto de todas las cosas y el que á todas ellas les da fuerza y vigor, y en cuanto á esto se dice *bueno*. Vivifícalas regálalas, trátalas con ternura, y las levanta; y en cuanto á esto se dice *hermoso*. En cuanto aplica y alumbró la potencia para que conozca, se llama *verdad*, y así, conforme á los diversos efectos, le damos diferentes nombres.

»Es, pues, de saber que los filósofos antiguos pintaban un círculo, y en el centro ó punto del medio, que es indivisible, ponían la bondad, y en la circunferencia pusieron la *hermosura*. El centro es un punto estable, fijo, que no se muda, y es indivisible. Del centro salen líneas divisibles, movibles é innumerables, que tiran hasta topar con la circunferencia, como lo vemos en los rayos de una rueda, que son una cosa en su centro y allí todos entre sí son uno, porque se topan en un punto y el punto es indivisible, y así los rayos en el centro son indivisibles, pero cuanto

más se apartan del centro, tanto más se alejan entre sí y se dividen, y la circunferencia divisible anda siempre volteando y moviéndose sobre él, como la rueda sobre el eje.... Toda la rueda da vueltas y se mueve: sólo el centro está quedo.

»Puesto caso que el centro es inmóvil é indivisible, tirando dél hacia la circunferencia, se hace una línea (*radio*), y si por todas partes tiran, por todas se harán líneas diferentes, y como la línea conste de puntos, y en cualquier parte que me señaláredes de la línea allí haréis punto, así hallaréis que las criaturas, que son las líneas, todas salen del centro, que es Dios; y como si tirásedes de Dios, esto es, que saliese Dios en obras exteriores fuera de sí, hallaréis que en cualquiera parte de sus obras está, porque las cria y las sustenta.... Y por eso decimos que está Dios en todo hombre y en todas las criaturas, así como el punto en todas las líneas. Demás desto, las líneas, apartándose de su centro, se hacen diferentes: así las criaturas, saliendo de Dios, son diferentes, porque se apartan de su centro. Mas así como las líneas, volviendo desde la circunferencia á su centro, se hacen uno con él y entre sí, porque tocan todas en un punto indivisible, que es el que llamamos *centro*, y así lo que allá llega y toca queda indivisible, de la misma forma cuando las criaturas vuelven á su primera causa donde salieron, que es Dios, se hacen una cosa, no sólo con Dios, mas aun entre sí. Y la razón es porque Dios no es capaz de composición ni de

accidentes, y así lo que está en él, pues no puede ser accidente, ha de ser sustancia: ésta es sencillísima: luego es el mismo Dios. Esta altísima teología nos enseñó aquel grande y supremo teólogo S. Juan, que, mostrando cómo de Dios, que es el centro, nacen cosas que, saliendo, son entre sí diversas, dijo: «*Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil.*» No dijo: una cosa fué hecha por Dios, sino *todas*, para mostrar que saliendo de Dios se multiplican y cobran número y son distintas entre sí, pero porque se entienda que, volviéndolas á mirar en Dios, son una cosa sola con él, dijo: *Quod factum est, in ipso vita erat*: lo que se hizo en él es vida. No dijo *las cosas que se hicieron*, sino *lo que se hizo*; ni dijo *eran* vidas, sino *es vida*. La vida es Dios: *ego sum via et veritas et vita*.

»Digo, para declararme más, que esto que es ser una cosa con Dios, se dice de dos maneras. La una es que, en hecho de verdad, todo lo criado é infinito, y más que Dios con su infinito poder puede criar, no es más que retrato de las perfecciones que en sí tiene, porque si en sí no tuviera perfección de ángel, no le pudiera criar; y si no tuviera perfección de sol, y estrella, y hombre, y de lo demás, mal pudiera criar el sol, las estrellas, el hombre y lo demás que está criado; de suerte que en sí tiene las ideas ó perfecciones que decimos, y porque él es infinito, por eso tiene infinitas, y porque conforme á aquellas cría las cosas, por eso puede hacer infinitas. Hace como si vos tuviéredes un sello ochavado de oro, que en

la una parte tuviese un león esculpido, en la otra un caballo, en otra un águila, y así de las demás, y en un pedazo de cera imprimiésedes el león, en otro el águila, en otro el caballo, cierto está que todo lo que está en la cera está en el oro, y no podéis vos imprimir sino lo que allí tenéis esculpido. Mas hay una diferencia, que en la cera al fin es cera y vale poco, mas en el oro es oro y vale mucho.... En las criaturas están estas perfecciones finitas y de poco valor: en Dios son de oro: son el mismo Dios.... Dios, con una sola perfección ó idea, que eminentísimamente contiene todas las cosas, estampa diversas perfecciones, y así en Dios todas no son más que una, y son el mismo Dios, y esto llamamos estar todas las cosas en Dios, y que en él son una cosa, porque no recibe composición.

»Hay otro modo de unirse y hacerse una cosa con Dios, que es por gracia y amor, y deste dijo San Pablo que el que se allega á Dios se hace una cosa con él. Esto hacen las almas, porque saliendo como líneas de Dios, que es su centro, y llegando á la circunferencia, esto es, considerando la hermosura del Hacedor, la cual, como círculo, ciñe todas las cosas, conocen que aquella hermosura es el rayo que sale de la infinita bondad que está en el centro, que es Dios, y vuelven á mirar de dónde nace aquel ramo de hermosura que las enamora y lleva tras sí, y ven que sale del centro, que es Dios, y así le aman y se hacen una cosa por amor con Él, y aun entre sí, porque como ven que todas las cosas tiran á

su centro, amando á Dios, necesariamente han de amar lo que hallan en el mismo Dios.

»Bondad se llama la sobre-excelentísima existencia de Dios, *hermosura* es el acto ó rayo que de allí nace y se derrama, y penetra por todas las cosas. Éste se derrama primero en los ángeles, y los ilustra: de allí en las almas racionales, después en toda la naturaleza, y últimamente en la materia de que están hechas todas las cosas. Á los ángeles los hermosea con las ideas ó especies de las cosas que les imprimió cuando los crió, porque los produjo con el conocimiento y ciencia dellas; al alma la hinche con la razón y discurso; á la naturaleza la sustenta con las semillas, que en cada cosa puso para que volviesen á reproducirse. Finalmente, adorna y atavía la materia con diversas formas; así como el alfarero que tiene delante una masa de barro sin talle ni forma, la va hermooseando con hacer della una fuente, de otro pedazo un plato, de otro un jarro á la romana, desta suerte hermosea Dios la materia de todas las cosas, vistiéndolas de forma de planta, de león, de caballo, de hombre, y así de los demás. De aquí que el que contempla y ama la hermosura en estas cuatro cosas, en las cuales se encierra todo lo criado, amando el resplandor de Dios... venga á conocer y amar al mismo. Dios mezcló en sus obras un olor dulcísimo de sí mismo, con el cual olor nos despertamos cada día ¹»

¹ Cito á Malón de Chaide por la ed. de Valencia (Salvador Fauli, 1794).

¡Siempre la misma tendencia al armonismo en todos los grandes esfuerzos de la Metafísica española, lo mismo en Gabirol que en Raimundo Lulio; lo mismo en Sabunde que en León Hebreo ó en Fox Morcillo. La fórmula más alta de esta conciliación entre la *unidad* y la *diversidad* se encuentra en aquellos diálogos de los *Nombres de Cristo*, que sólo con los de Platón admiten paralelo por lo artísticos y luminosos, aunque en la parte dramática queden inferiores. Allí nos enseña el maestro León que «la perfección de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y razón, consiste en que cada una dellas tenga en sí á todas las otras, y en que siendo una, sea todas cuantas le fuere posible, porque en esto se avvicina á Dios, que en sí lo contiene todo. Y cuanto más en esto creciere, tanto se allegará más á él, haciéndosele semejante. La cual semejanza es, si conviene decirlo así, el principio general de todas las cosas, y el fin y como el blanco adonde envían todos sus deseos las criaturas. Y por eso, las cosas, demás del ser real que tienen en sí, tienen otro *aún más delicado, y que en cierta manera nace de él* (el ser ideal), con el cual están y viven cada una dellas en los entendimientos de sus vecinos, y cada una en todas, y todas en cada una... Que si juntamos muchos espejos y los ponemos delante de los ojos, la imagen del rostro, que es una, reluce una misma y en un mismo tiempo en cada uno de ellos, y de ellos todas aquellas imágenes, sin confundirse, se for-

man juntamente á los ojos, y de los ojos al alma de aquel que en los espejos se mira.»

No hay ningún tratado especial sobre la belleza, en los *Nombres de Cristo*, pero puede decirse que la estética está infundida y derramada de un modo latente por las venas de la obra, y no sólo en el estilo, que es, á mi entender, de calidad superior al de cualquier otro libro castellano, sino en el temple armónico de las ideas, y en el misterioso y sereno fulgor del pensamiento, que presenta á veces el más acabado modelo de belleza intelectual; y en el plácido señorío con que en las páginas de este escritor singular «la razón se levanta y recobra su derecho y su fuerza, y concibe pensamientos altos y dignos de sí,» al mismo paso que «los deseos y las afecciones turbadas que confusamente movían ruido en nuestros pechos, se van quietando poco á poco, y como adormeciéndose, se reposan, tomando cada cosa su asiento, y reduciéndose á su lugar propio.» No hay autor clásico nuestro que produzca este género de impresión; Fr. Luís de Granada nos arrebató en el torrente desencadenado de su elocuencia, que arrastra á veces (con paz sea dicho, y sólo bajo la relación de arte) algo de fango mezclado con el oro; Malón de Chaide nos deslumbra á fuerza de color; Santa Teresa nos enamora con su profunda sencillez y su gracia femenil; Fray Juan de los Ángeles con su íntima dulzura; á San Juan de la Cruz apenas pueden seguirle más que las águilas de la contemplación. Todos son admirables y distintos; pero esa virtud de sosiego,

de orden, de medida, de paz, de número y ritmo, que los antiguos llamaban *sophrosyne* (palabra hermosísima é intraducible, como toda palabra preñada de ideas), ¿dónde la encontraremos sino en Fr. Luís de León, cuya prosa en loor de la paz parece el comentario de su oda á la música del ciego Salinas ¹?

Á los que hayan admirado lo que el beato Orozco y Fr. Juan de los Ángeles y Malón de Chaide especularon sobre el amor divino, muy poco les quedará que saborear en el famoso *Tratado del amor de Dios*, del maestro Cristóbal de Fonseca, de la Orden de San Agustín, libro de verdadera decadencia, farragoso y pedantesco, y tal que sólo debe la reputación que disfruta entre los que no le han leído, á la casualidad de haberle citado Cervantes en el prólogo del *Quijote*, nada menos que en cotejo con León Hebreo: «Y si no queréis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa tenéis á Fonseca *Del Amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare á desear en tal materia.» Como siempre es título de autoridad para un libro el haber formado parte de la biblioteca Cervantesca, la sombra del gran novelador ha protegido

¹ De los *Nombres de Cristo* | en tres libros, | Por el Maestro | Fray Luys de León. | Segunda impresión, en que demás de un libro que de nuevo se añade, van | otras muchas cosas añadidas y emendadas. | Con privilegio. | En Salamanca, | Por los herederos de Mathías Gast. | MDLXXXV.

⁴ 342 folios. Generalmente va en el mismo volumen *La Perfecta Casada*, impresa al año siguiente por Cornelio Bonardo, y juntos están ambos libros en el ejemplar que poseo.